

Ojalá siga suscitando controversias Juan Ibáñez. Esto quiere decir que vale. Y a despecho de los cronistas teatrales que le criticaron la “desmedida epilepsia” de los dementes de Charenton; a despecho de los directores y actores que lo envidian, y a despecho de todo aquel que no perdona el éxito, *Marat-Sade* quedará como una innegable muestra de lo que se puede, de lo que se debe hacer en el teatro de México, y para mí un documento más que esgrimir ante aquellos que sistemáticamente hacen mal las cosas.

31 de marzo de 1968

LAS GORDAS TOMARON METRECAL

Decir que Salvador Novo escribe bien, que tiene el ingenio más agudo de la actualidad y que es el intelectual de mayor relevancia en México, es decir algo tan sabido y tan reconocido en todos los medios que quedaría uno como el inventor del hilo negro. De Salvador Novo no cabe ya decir nada en su elogio: sólo cabe admirarlo en todo cuanto haga, hasta en su teatro, que viene a ser la parte débil de su fecunda producción, como le sucedía a don Benito Pérez Galdós, y no por eso dejan ambos de ser tan ilustres. Por ello, no hablaré de *La guerra de las gordas* como comedia en sí, la que pese a quien piense lo contrario, es buena por su diálogo, por su intención, por su humorismo, por su erudición; que tenga fallas en su construcción viene a ser *peccata minuta*, porque tiene más virtudes que defectos. Por otra parte, si el director que la toma por su cuenta se cree más listo que el autor y cambia de lugar escenas debilitando aún más la construcción y los finales de acto, menos aún se puede culpar al maestro Novo si el público aplaude fríamente y queda disgustado. Es lo que ha sucedido en la reposición de esta comedia en el Teatro Reforma: Miguel Córcega (ignoro si con la autorización de don Salvador) suprimió la escena final y la trasladó al primer acto, consiguiendo solamente dejar la comedia sin conclusión lógica y creando en los espectadores una tremenda confusión, tanta, que

improvisan algo que sólo ellas entienden. Sin embargo, la comedia vuelve a subir cuando aparece Álvaro Carcaño como un gracioso anciano, pero vuelve a caerse con Alicia Quintos y Macario Álvarez, para volver a elevarse cuando sale Ángel Casarín interpretando un afeminado prehispánico digno de verse, y Cora Cardona en su breve escena semidramática. Luego viene la guerra a base de atropellamientos en escena, luces sicodélicas, carreras, bailes, confusión, desorden, caos y... se encienden todas las luces del escenario y los actores se voltean hacia el público con sonrisa tonta que quiere decir: "Ya terminamos, aplaudid si os ha gustado". Y claro, el público no aplaude porque no le ha gustado aquel sorpresivo, absurdo y ridículo final. Ojalá Córcega arregle tan descomunal despropósito para bien de su negocio, de su dirección, de los actores, y, sobre todo, de don Salvador Novo, porque el público puede pensar que así concluyó la comedia el autor.

La escenografía de Toño López Mancera no es nada del otro mundo y más bien parece uno de aquellos "salones aztecas" que se usaban en las casas allá por los treintas, aunque sin el sarape de Saltillo, que no faltaba en esas salas. Una "coreografía" de Carlos Gaona que es un monumento a lo *camp*, porque tiene todos los movimientos de la danza moderna de hace quince años, que ahora ya nos parece lamentable.

Y sin embargo, el público debe ir a ver *La guerra de las gordas*, porque es una comedia agradable, porque hay tres o cuatro buenas actuaciones (Servín, Carcaño, Casarín, López Rojas, Cardona) y porque la dirección de Miguel Córcega es un esfuerzo noble y lleno de entusiasmo. Estoy seguro que después de la noche del estreno, el director corregirá errores.

25 de agosto de 1968

CARTA DE UN PROVINCIANO A OTRO

Estimado Bulmaro:

Tal como quedamos en la estación antes de subirme al tren que me alejaría de nuestro pintoresco pueblecillo y me traería a la